

Cultura y globalización en América Latina

El proceso de globalización que se ha venido desarrollando con gran fuerza desde la década de los ochenta del siglo XX ha tenido grandes impactos en el área de la cultura. En este sentido, es importante señalar que la globalización no es sólo un proceso económico y financiero, sino también un proceso cultural que ha implicado una nueva forma de organización social en todos los niveles.

Todos los países, naciones y pueblos se encuentran inmersos en este proceso. De ahí, la importancia de conocer qué es la globalización y qué implicaciones tiene ésta en nuestro contexto, particularmente en el aspecto cultural, considerando que la cultura es el espacio privilegiado de la socialización de los individuos.

Tanto la cultura como la globalización son conceptos difíciles de definir, ya que abarcan múltiples procesos y están determinados por espacios y tiempos históricos. No obstante, se considera indispensable encontrar algunas definiciones que permitan conducir el análisis y entender la problemática actual.

El concepto de globalización

Para Víctor Flores Olea y Abelardo Mariña el proceso de la globalización encierra una gran paradoja, pues si bien debería pretender una universalidad y el bienestar para todos los hombres que habitan este mundo, dicho proceso ha estado encabezado por un grupo reducido de consorcios trasnacionales y multinacionales, que a fin de cuentas, representan a los centros de poder del capital financiero.

Estos autores parten de la base económica del proceso, no obstante, no limitan su definición a este aspecto. En concreto, definen a la globalización de la siguiente manera:

(...) el proceso en que se generaliza la intercomunicación entre economías, sociedades y culturas, donde se desarrollan y aplican las tecnologías de la comunicación y la informática, junto con los acuerdos entre los Estados para facilitar todo tipo de intercambios, especialmente de orden económico: desregulaciones, eliminación de barreras arancelarias y otros impedimentos a una mayor interrelación económica entre pueblos y Estados.¹

En este sentido, esta perspectiva asume que el fundamento de dicho fenómeno se encuentra en el proceso de la internacionalización del capital, lo cual a su vez genera una mundialización de valores, idiosincrasias, estilos de vida y formas de ver el mundo.

En suma, se trata de una etapa más en el desarrollo del capitalismo donde las formas tradicionales de su gran agente (el Estado) se han modificado. En su etapa actual la ideología que sustenta dicho proyecto es el neoliberalismo, cuyos principios filosóficos están inscritos en el gran movimiento denominado como Ilustración; es decir, las ideas de *razón* y *progreso*.

Si bien es cierto que la globalización, tal y como apuntan Flores Olea y Mariña Flores, es un hecho histórico irreversible, ya que los avances científicos y tecnológicos ya no desaparecerán, se reconoce que su gestión ha sido inadecuada. Por lo tanto, su texto (al igual que el título) es una crítica. En sus propias palabras:

(...) la crítica de la globalidad es una crítica a la orientación dominante y fetichizada que ha asumido el fenómeno; es una exploración de las posibilidades realistas y disponibles para reflexionar y eventualmente corregir su dirección, que en su forma actual se rige por la avidez de una acumulación de capital (particularmente de carácter financiero) que castiga a sectores sociales y pueblos enteros, además de que se aleja de cualquier preocupación por satisfacer necesidades sociales y humanas.²

Otra definición de globalización que coincide en lo fundamental con la anterior es la que proporciona Joseph Stiglitz, Premio Nobel de Economía en 2001. Cabe señalar que los planteamiento de este autor son importantes, ya que al haber sido funcionario del Banco Mundial (BM) y asesor económico del ex presidente William Clinton, su crítica es formulada desde los mismos centros de poder que conducen la globalización; es decir, Estados Unidos y las instituciones financieras internacionales.

¹ Víctor Flores Olea y Abelardo Mariña Flores, *Crítica de la globalidad*, Fondo de Cultura Económica, México, 2001, p. 11.

² *Ibidem*, p. 17.

Para Stiglitz el fenómeno de la globalización se trata fundamentalmente de la integración más estrecha de los países y los pueblos del mundo a partir de los siguientes elementos: a) la enorme reducción de los costes de transporte y comunicación y b) el desmantelamiento de las barreras artificiales a los flujos de bienes, servicios, capitales, conocimientos y (en menor grado) personas a través de las fronteras.³

Asimismo, reconoce que las principales instituciones que gobiernan la globalización son el Fondo Monetario Internacional (FMI), el BM y la Organización Mundial de Comercio (OMC). Según dicho autor, las políticas de estas instituciones han sido en su gran mayoría erróneas, ya que se fundamentan en principios ideológicos (neoliberales) sin considerar los problemas reales que enfrentan las naciones.

Recordemos que el modelo neoliberal promueve un sistema de libre mercado sin la intervención del Estado, lo cual se ha traducido concretamente en la imposición de políticas que buscan esta meta: privatización, desregulación, liberalización, etc. Al respecto Stiglitz afirma que éste es un modelo simplista que rara vez coincide con la realidad. En este sentido, ofrece una visión equilibrada donde el Estado cumple una función determinante al corregir las dinámicas del mercado.

La solución para estos autores se encuentra en un urgente proceso de *democracia radical* que tenga como ejes la participación autogestionaria y la promoción de principios de solidaridad, justicia y bienestar social, lo cual finalmente desembocaría en una *globalización democrática*. La hipótesis que sostienen éstos es la siguiente:

(...) si el desarrollo y la organización de la economía hoy, así como el carácter vertical de las organizaciones políticas que marginan a enormes sectores sociales, han terminado por secuestrar –en beneficio de unos cuantos– las posibilidades reales del avance de la sociedad humana, entonces las decisiones democráticas de la mayoría podrán y deberán rescatar las posibilidades de una economía y organización social con signo diferente a la actual, que buscara el avance social y la satisfacción de las carencias⁴

³ Joseph E. Stiglitz, *El malestar en la globalización*, Taurus, México, 2002, p. 34.

⁴ Víctor Flores Olea y Abelardo Mariña Flores, *op. cit.*, p. 22.

Por su parte, Stiglitz habla sobre la necesidad de democratizar el proceso de toma de decisiones en las instituciones internacionales y promover una *globalización con rostro humano*. Entre sus propuestas concretas de reforma se encuentran: un cambio en los derechos de voto, una mayor representación de los países subdesarrollados en la toma de decisiones, transparencia en los procesos y una mayor información.

Al final de su libro este autor hace énfasis en los aspectos positivos que ha generado la globalización, pero al mismo tiempo sostiene una visión crítica y esperanzadora:

La globalización puede ser una fuerza benigna: la globalización de las ideas sobre la democracia y la sociedad civil han cambiado la manera de pensar de la gente (...) La globalización ha ayudado a cientos de millones de personas a alcanzar mejores niveles de vida (...) La globalización de la economía ha beneficiado a los países que han aprovechado esta oportunidad abriendo nuevos mercados para sus exportaciones y dando la bienvenida a la inversión extranjera. Pero los países que más se han beneficiado han sido los que se hicieron cargo de su propio destino y reconocieron el papel que puede cumplir el Estado en el desarrollo, sin confiar en la noción de un mercado autorregulado que resuelve sus propios problemas (...) para millones de personas la globalización no ha funcionado (...) se han sentido cada vez más impotentes frente a fuerzas más allá de su control (...) Si la globalización sigue siendo conducida como hasta ahora, si continuamos sin aprender de nuestros errores, la globalización no sólo fracasará en la promoción del desarrollo sino que seguirá generando pobreza e inestabilidad.⁵

A partir de todos estos planteamientos podemos concluir que la globalización es un proceso continuo e inherente al ser humano (característico de su desarrollo histórico), que tiende a comunicar y relacionar a todo el mundo. Su base material son los adelantos científicos y tecnológicos que ha generado el desarrollo del capitalismo. Su fórmula: el mercado libre y la democracia representativa. Su ideología: el neoliberalismo.

Lamentablemente, también se trata de una expansión e imposición de una determinada cultura y estilo de vida. Éstos son promovidos por los países desarrollados de Occidente, principalmente por Estados Unidos, quien ejerce actualmente su hegemonía en todos los ámbitos de la vida nacional e internacional.

⁵ Joseph E., Stiglitz, *op.cit.*, p. 309.

Los efectos de la globalización en la cultura

Si la globalización implica un reordenamiento económico, político y social en todo el mundo, los sistemas culturales también son sometidos a una recomposición a escala nacional e internacional. En este sentido, para Néstor García Canclini el proceso de la globalización ha conllevado cuatro grandes transformaciones en el ámbito cultural:

1. El predominio de las industrias electrónicas de comunicación sobre las formas tradicionales de producción y circulación de la cultura, tanto ilustrada como popular.
2. El desplazamiento de los consumos culturales de los equipamientos públicos (teatros, cines, bibliotecas, casas de la cultura y salas de concierto) a los medios electrónicos que llevan los mensajes a domicilio (radio, televisión, video, internet, etc.).
3. La disminución del papel de las culturas locales, regionales y nacionales ligadas a los territorios e historias particulares en beneficio del incremento de los mensajes generados y distribuidos mediante circuitos transnacionales.
4. La redistribución de responsabilidades del Estado e iniciativa privada respecto de la producción, financiamiento y difusión de los bienes culturales⁶

Estas tendencias han respondido al proceso de globalización que implica, por un lado, el rápido desarrollo de las comunicaciones y, por el otro, el intento de imponer y reproducir una sola cultura (llámese global, occidental o estadounidense).

En este contexto se han presentado dos claros caminos a seguir en términos culturales: la constitución de una cultura mundial que sea única y homogénea con el objeto de facilitar los flujos comerciales y obtener mayores ganancias al economizar tiempo y esfuerzos y; la idea de fortalecer la diversidad cultural y la creatividad en el mundo como mecanismos idóneos para enfrentar las desigualdades sociales.

En síntesis, se debate entre la emergencia de una cultura global y la resistencia de las culturas nacionales. El resultado de esta dinámica ha sido el surgimiento

⁶ Néstor García Canclini, "Industrias culturales y globalización: procesos de desarrollo e integración en América Latina", en Bernardo Kliksberg y Luciano Tomassini, *Capital social y cultural: claves estratégicas para el desarrollo*, FCE, Buenos Aires, 2000, pp. 317-318.

de crisis de identidad, lo cual se complica aún más al crearse nuevos referentes culturales.

Bien podría afirmarse que la tendencia a la homogeneidad cultural es la que priva en el mundo contemporáneo. No obstante, según García Canclini el problema es más complejo.

Pese a la variedad e intensidad de los procesos de globalización, ésta no implica la unificación indiferenciada ni la puesta en relación simultánea de todas las sociedades entre sí. Los países acceden de manera desigual y conflictiva a los mercados económicos y simbólicos internacionales.⁷

A esta situación debe sumarse el claro dominio de Estados Unidos sobre la cultura internacional a través de sus redes de información y empresas de entretenimiento, lo cual genera la ausencia de una oferta multicultural equilibrada y; las tendencias que empuja el modelo neoliberal de desarrollo en el área cultural (reducción de fondos para la educación, la investigación y la difusión cultural, por ejemplo).

Con base en el neoliberalismo también hay que señalar el papel actual que juegan los Estados en la dimensión cultural. Éstos han reducido su acción a la simple protección del patrimonio histórico y a la promoción de ciertas artes tradicionales, cediendo la importante tarea de promover la cultura a la iniciativa privada.

En este escenario la labor de la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO) ha sido muy valiosa. Desde su fundación hasta la actualidad este organismo internacional ha velado por el respeto a la diversidad cultural. Aquí, vale recordar algunos de sus propósitos originales, establecidos en su *Constitución*:

La Organización se propone contribuir a la paz y a la seguridad estrechando, mediante la educación, la ciencia y la cultura, la colaboración entre las naciones a fin de asegurar el respeto universal a la justicia, a la ley a los derechos humanos y a las libertades fundamentales que, sin distinción de raza, sexo, idioma o religión, la Carta de las Naciones Unidas reconoce a todos los pueblos del mundo (...) Para realizar esta finalidad, la Organización (...) dará nuevo y vigoroso impulso a la educación popular y a la difusión de la cultura (...) Deseosa de asegurar a sus Estados Miembros la independencia, la integridad y la fecunda diversidad de sus culturas y de sus sistemas educativos⁸

⁷ Néstor García Canclini, *Culturas en globalización*, Nueva Sociedad, Venezuela, 1996, p. 17.

⁸ UNESCO, *Constitución*, Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura, 1945.

En el marco de esta organización internacional también se ha logrado establecer una asociación entre los términos cultura y desarrollo. De esta manera, el desarrollo cultural ha logrado concebirse como un avance conjunto de toda la sociedad que requiere de políticas concretas.

Ahora bien cómo se define el término cultura en este contexto. En palabras de García Canclini, se trata del conjunto de actos y discursos donde se elabora la significación de las estructuras sociales. Así, la cultura debe ser entendida como parte de los procesos simbólicos que contribuyen a la reproducción y transformación de las sociedades y; vista como un espacio clave en la formación de las naciones modernas y en la reformulación de lo nacional.⁹

Sin embargo, estos rasgos positivos no son suficientes para augurar un desarrollo exitoso de la cultura y su diversidad. Por el contrario, según la opinión del mismo autor, enfrentamos una gran paradoja que evidentemente responde al modelo neoliberal de desarrollo:

En el momento en que comprendemos mejor el papel que la cultura puede cumplir en la democratización de la sociedad estamos en las peores condiciones para desarrollarla, redistribuirla, fomentar la expresión y el avance de los sectores populares.¹⁰

Políticas culturales en América Latina

Una manera de diagnosticar la situación de la cultura en América Latina puede ser a través del estudio de sus políticas culturales. Nuevamente, considerando que la cultura juega un papel fundamental en la construcción de la hegemonía política y el consenso social dentro de las sociedades.

Por políticas culturales entendemos el conjunto de intervenciones realizadas por el Estado, las instituciones civiles y los grupos comunitarios organizados con los objetivos de orientar el desarrollo simbólico, satisfacer las necesidades culturales de la sociedad y obtener consenso para un determinado orden.¹¹

⁹ Néstor García Canclini, *op. cit.*, p. 16.

¹⁰ Néstor García Canclini, "Políticas culturales y crisis de desarrollo: un balance latinoamericano", en Néstor García Canclini, *Políticas culturales en América Latina*, Grijalbo, México, 1987, p. 26.

¹¹ *Ibidem.*

En América Latina el desarrollo de estas políticas culturales puede estudiarse en diversas etapas, las cuales corresponden a diferentes modelos de desarrollo que se han aplicado durante su historia contemporánea. En otras palabras, las formas de desarrollar las políticas culturales en la región se inscriben al tipo de Estado en curso: oligárquico, liberal, populista y neoliberal. A continuación se exponen los diversos periodos, sugeridos por García Canclini:

- a) *El mecenazgo liberal*: es considerado como la primera forma moderna de promover cultura y se ejemplifica con la creación de fundaciones culturales auspiciadas por una persona o una familia. Desde esta perspectiva el desarrollo cultural no es visto como una cuestión colectiva, sino como el resultado de relaciones individuales. Los promotores tienen fines meramente publicitarios y buscan la retribución a sus inversiones. No se ofrecen estrategias globales para resolver los problemas del desarrollo cultural.
- b) *El tradicionalismo patrimonialista*: se trata de una tendencia conservadora, encabezada por las oligarquías aristocráticas. Su política cultural pretende relacionar la identidad nacional con la raza, la geografía, el pasado o las tradiciones. Es una especie de imposición de una cultura hegemónica que no acepta la incorporación de los sectores populares. El Estado manipula entonces la memoria colectiva para utilizarla como factor de cohesión y legitimación.
- c) *El estatismo populista*: es el modelo que ubica al Estado como árbitro, mediador, protector y difusor de todo el orden social. Por lo tanto, la identidad cultural está contenida en él. El Estado se presenta también como el lugar en que se condensan los valores nacionales. Aquí, la política cultural identifica la continuidad de lo nacional con la preservación del Estado. Entonces el Estado promueve aquellas actividades capaces de cohesionar a la sociedad. El objetivo de las políticas culturales es reproducir las estructuras ideológicas y las relaciones sociales que legitimen la identidad entre el Estado y la nación.
- d) *La privatización neoconservadora*: se refiere a la implantación del nuevo modelo neoliberal que responde a la reorganización internacional del proceso de acumulación de capital. Al reducirse la capacidad de maniobra del Estado, el objetivo de las políticas culturales es transferir a las empresas privadas la iniciativa cultural. Se presenta en este sentido, el desplazamiento de la acción estatal a la producción y apropiación privada de los bienes simbólicos. A la par que se reducen los gastos en educación y cultura se imponen valores transnacionales que apoyen la reestructuración política y económica a escala global.¹²

¹²*Ibidem.*, pp. 29-49.

Hasta aquí puede observarse que las políticas culturales en la región han sido diseñadas y aplicadas sin tomar en cuenta las necesidades efectivas de los sectores populares. Ha sido evidente la falta de preocupación por conocer cualitativamente las demandas de la sociedad.

En este sentido, una buena política cultural sería aquella que se dedicara a difundir y promover el desarrollo de todas las culturas que representan a los grupos que conforman la sociedad. Este tipo de política se inscribiría en un proceso de *democratización cultural*, el cual en América Latina se encuentra en una fase retórica. Es decir, que sólo en el discurso se menciona el derecho a la cultura y la diversidad, no teniendo ningún resultado tangible. Al respecto García Canclini menciona:

Una política realmente democratizadora debe comenzar desde la educación primaria y media, donde se forma la capacidad y la disponibilidad para relacionarse con los bienes culturales, y debe abarcar un conjunto amplio de medios de difusión, crítica y análisis para redistribuir no sólo las grandes obras, sino los recursos subjetivos necesarios para aplicarlos e incorporarlos.¹³

El caso México

Así como la llamada *globalización democrática* o *globalización con rostro humano* se presenta como paradigma alternativo al proceso que se desarrolla actualmente y que ciertamente arroja resultados inaceptables, en términos culturales la solución se ubica en el *multiculturalismo democrático*.

En esta propuesta se promueven el respeto y el reconocimiento de la diversidad cultural, entendiendo esta categoría como un hecho permanente, inevitable y deseable para la humanidad, cuya preservación implica la promoción de los principios de equidad y autodeterminación.

El respeto a esta diversidad es entonces un antídoto necesario para enfrentar la dependencia económica y política que enfrenta un país como México. En nuestro caso, el respeto y la promoción de la diversidad cultural es fundamental para poner en marcha cualquier modelo de desarrollo.

Ello, considerando que la cultura mexicana está compuesta por elementos tan complejos como: el indigenismo, el hispanismo, el mestizaje, el multiculturalismo, el subdesarrollo, etc.

¹³ *Ibidem.*, p. 49.

Frente a esta realidad, el Estado mexicano debe velar por la constante reconstrucción de la identidad del mexicano con el objeto de salvaguardar las riquezas culturales. Así como lo menciona la *Declaración Universal sobre Diversidad Cultural* en su artículo 1:

Fuente de intercambios, de innovación y de creatividad, la diversidad cultural es, para el género humano, tan necesaria como la diversidad biológica para los organismos vivos. En este sentido, constituye patrimonio común de la humanidad y debe ser reconocida y consolidada en beneficio de las generaciones presentes y futuras.¹⁴

Como ya se mencionó, la globalización es un medio poderoso para acercar a la gente entre sí; no obstante, esta tendencia no debe conducir a una uniformidad cultural o, peor aún, a una hegemonía cultural que implique la dominación de una sobre otras.

Por lo tanto, las políticas públicas referidas a la promoción y el enriquecimiento de la cultura mexicana debe enfrentar el doble reto de: a) preservar la diversidad cultural y b) coexistir en un mundo globalizado.

De ahí la importancia de rescatar el valor de la diversidad cultural en México. En palabras de Kaïchiro Matsuura, la diversidad cultural significa ser capaz de producir y difundir una amplia gama de bienes culturales de alta calidad, poniendo de relieve el sentido de la identidad como fuente de creatividad y de cultura viva.

Para este alto funcionario de la UNESCO la diversidad cultural mundial abarca tradiciones, valores y relaciones simbólicas. Se trata de crear un sentimiento común de pertenencia, que al mismo tiempo sea pluralista. Esto facilitará la lucha contra la ignorancia y la incomprensión mutuas, reforzando así los valores de la democracia, la justicia y los derechos humanos.¹⁵

Para lograr un *multiculturalismo democrático* en México, que permita efectivamente el acceso a todos a los bienes culturales en el marco de la globalización, es indispensable redefinir el papel del Estado y los demás actores internacionales en la tarea de promover y desarrollar la cultura. Asimismo, el desarrollo de las sociedades debe incluir obligatoriamente las demandas de todos los sectores sociales.

¹⁴ UNESCO, *Declaración Universal sobre Diversidad Cultural*, Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura, 2001.

¹⁵ Koïchiro, Matsuura, "¿Está creando la globalización de la economía valores para una nueva civilización?", *Perspectivas*, UNESCO. Vol. XXX, no. 4, diciembre 2000. Disponible en: http://200.10.23.169/educacion/matsuura_globalizacion_nueva_civilizacion.pdf.

Desde su visión, García Canclini manifiesta que la democratización global de la sociedad pasa forzosamente por la democratización de los bienes simbólicos y el rescate de los derechos culturales, lo cual derivará en los cambios estructurales requeridos.¹⁶

La cultura en México debe ser entendida a partir de su triple función: política, estética y recreativa. Siguiendo esta lógica, el gran reto para el gobierno está en planificar el desarrollo cultural de acuerdo con sus funciones sociopolíticas. Los procesos culturales deben definirse entonces como:

...[aquellos] espacios donde se construyen la unidad simbólica de cada nación y las diferencias entre las clases, donde cada sociedad organiza la continuidad y las rupturas entre su memoria y su presente. Pero la cultura es además el territorio donde los grupos sociales se proyectan hacia el futuro, donde elaboran práctica e imaginariamente sus conflictos de identidad y realizan compensatoriamente sus deseos.¹⁷

Sobre la formulación de buenas políticas culturales el mismo autor sintetiza sobre qué puede hacerse: a) asumir exclusivamente la organización del desarrollo cultural en relación con las necesidades utilitarias de las mayorías; b) abarcar los movimientos de juego y experimentación; c) promover las búsquedas conceptuales y creativas a través de las cuales cada sociedad se renueva y; d) promover el placer (partiendo de la idea de que la cultura tiene una utilidad práctica, pero también busca el goce estético).¹⁸

En conclusión, ¿cómo relacionar la cultura en México con la globalización? La respuesta a esta pregunta es: con ética, responsabilidad, inteligencia y humanismo. El desafío para todos los países (incluido México) y las organizaciones internacionales está en percibir toda la complejidad del fenómeno de la globalización para que con un espíritu y práctica interdisciplinarios e interculturales se puedan establecer políticas y estrategias encaminadas a garantizar que dicho fenómeno redunde en el provecho de todos, sobre todo en aquellos que hasta ahora han quedado excluidos de este proceso.¹⁹

¹⁶ Néstor García Canclini, *op. cit.*

¹⁷ *Ibidem.*, p. 60.

¹⁸ *Ibidem.*

¹⁹ Koichiro Matsuura, *op. cit.*